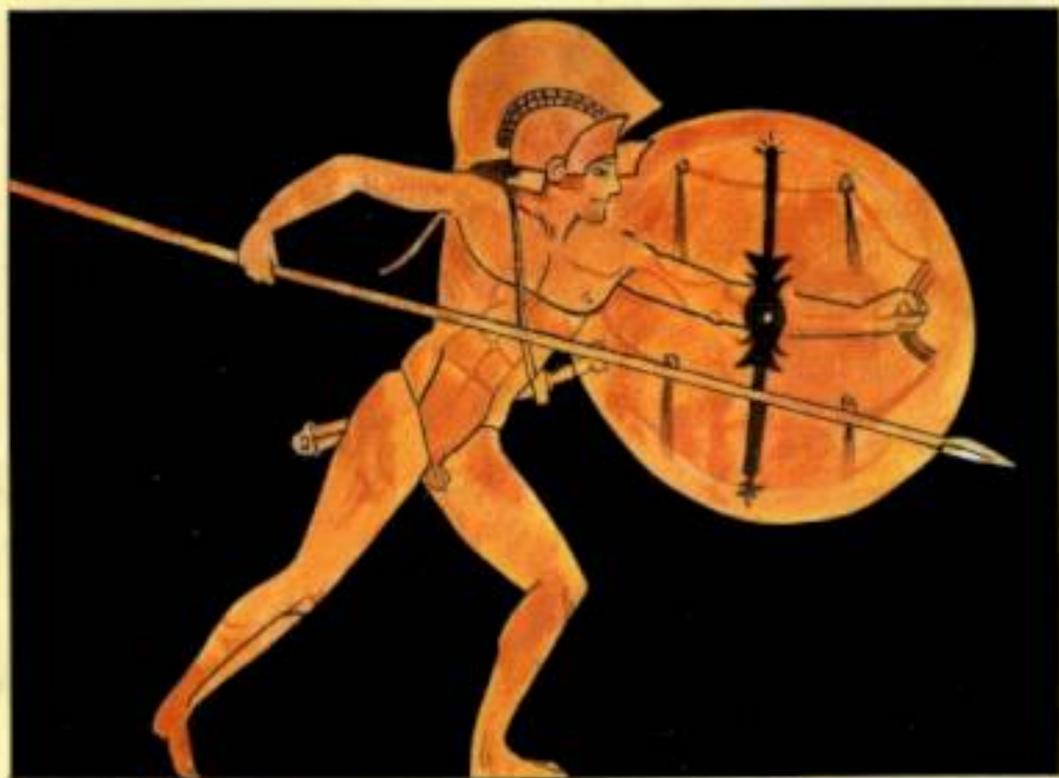


CUADERNOS

historia 16

Esparta

Pedro Sáez, J. F. Rodríguez Neila, Lorenzo Abad y A. Blanco



14

14.ª entrega de la colección Cuadernos Historia 16, dedicado en esta ocasión a Esparta.

*Máscara de bronce, procedente del templo de Ortia, en Esparta, siglo VII
a. C.*

Índice

ESPARTA

Un pueblo de guerreros

Por Pedro Sáez Fernández
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Sevilla

Todo por el Estado

Por Juan Francisco Rodríguez Neila
Profesor de Historia Antigua.
Universidad de Córdoba

La ciudad y su cultura

Por Lorenzo Abad Casal
Profesor de Arqueología.
Universidad de Alicante

Antigüedades de Esparta

Por Antonio Blanco Freijeiro
De la Real Academia de la Historia

Bibliografía

Un pueblo de guerreros

Por Pedro Sáez Fernández

Profesor de Historia Antigua. Universidad de Sevilla

A pesar de la distancia temporal que nos separa de la antigua Esparta, la sola mención de su nombre despierta aún un recuerdo de gloria militar, de austeridad, de disciplina, de férrea organización estatal. Para el historiador Esparta es también un capítulo de la Historia muy sugestivo.

La geografía de Esparta no explica ni con mucho el sistema político-social-económico que adoptó este estado en la antigüedad. No le negamos cierta influencia, pero ni el marco geográfico del estado, ni los recursos de que dispuso predeterminaron su organización. Lo mismo creemos que sucedió con los demás estados griegos.

En esa geografía, dos son los nombres que más repetidamente encontramos entre los escritores que aluden al paisaje laonio: el río Eurotas y las montañas del Taigeto. El Eurotas fluye, precisamente, entre el Taigeto y el Parnón, la otra cadena montañosa de Laconia, creando un estrecho aunque



Soldado espartano (figurilla del siglo VI-V a. C. Museo Británico, Londres)

fértil valle sobre todo en su curso medio, donde se asentó la ciudad de Esparta.

Ambas cadenas montañosas terminan formando dos penínsulas que enmarcan el golfo lacónico. Las montañas del Peloponeso central se encargan de cerrar el valle de Laconia por el norte.

Pero no podemos limitarnos sólo a Laconia cuando una región colindante por el este, la Mesenia, tuvo su destino unido a Esparta durante siglos. Zona fértil, regada por el río Pamisos y sus afluentes, y, sin embargo, no explotada en todas sus posibilidades por los lacedemonios.

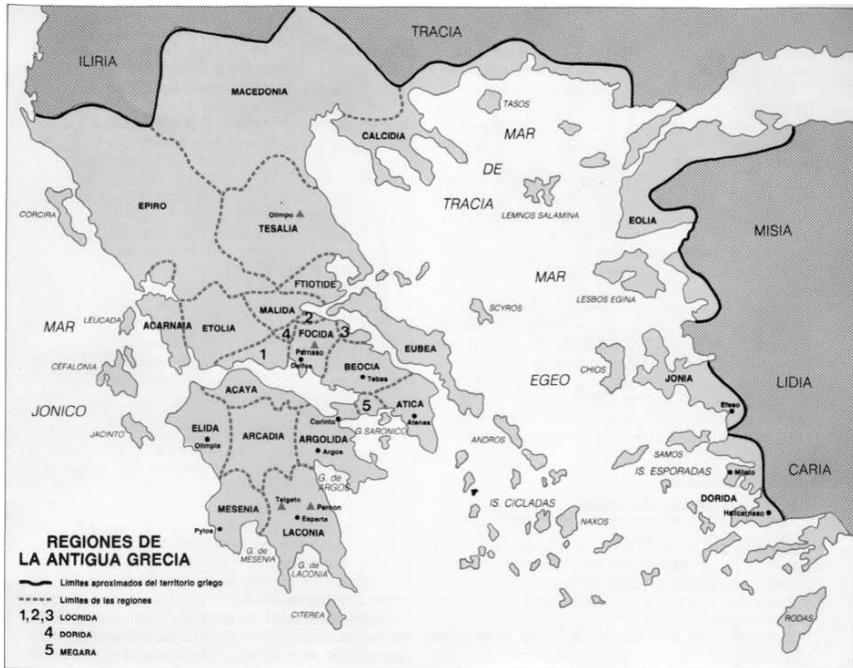
Los orígenes

Si la ciudad de Esparta no ha librado restos arqueológicos anteriores al siglo IX a.C., no ocurre lo mismo con Teapne o Amiclea, ciudades de la Laconia con abundantes restos de época micénica.

Estos aqueos, usando el étnico empleado por Homero, o protohelenos como también se les llama, parece que alcanzaron el Peloponeso a comienzos del segundo milenio o quizá algo más reciente, según se desprende de ciertos elementos nuevos que se mezclan con la influencia que ejerce la Creta minoica.

La naturaleza de estos aqueos está aún lejos de ser claramente definida si tenemos en cuenta su relación, según últimas tendencias históricas, con los dorios.

Es precisamente a los dorios a quienes se atribuye la formación del estado espartano. La sustitución y sometimiento —si hubo tal— de los aqueos por los dorios es capítulo de la historia griega que aún obtiene interpretaciones encontradas. El mismo nombre de dorios se acepta por los investigadores de manera un poco convencional.



Mapa de la región de la antigua Grecia

Es en el mito del retorno de los Heráclidas donde encontramos la primera interpretación al profundo cambio que se produce en el Peloponeso hacia el 1200 a. C.

Según el mismo, los dorios, procedentes de la Dorida y anteriores ocupantes de la Ftiotide, hacia el siglo XII u XI a. C. según los cálculos genealógicos que los antiguos indicaban y bajo la guía de los descendientes de los Heráclidas, habrían vuelto a su territorio de origen, el Peloponeso.

Los tres jefes de los dorios serían Temeno, Cresfonte y Aristodemo que, llevando a su pueblo hasta el golfo de Corinto, habrían cruzado el mar en Naupacto y avanzado hacia Laconia y Mesenia a través de la Argólida, sometiendo a sus habitantes.

A Temeno, según la tradición, le correspondió la Argólida, a Cresfonte Mesenia y a los dos hijos de Aristodemo, Eurístenes y Proeles, la Laconia. Esta tradición es, a grandes

rasgos, la que conocemos como invasión doria o aún como el retorno de los Heráclidas.

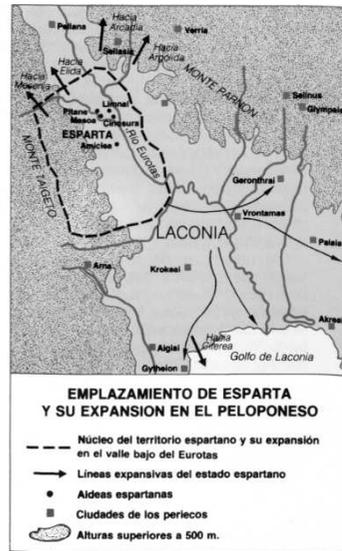
En la antigüedad, esta tradición fue aceptada como verdadera y aún se sigue manteniendo por una parte de la investigación histórica actual. El descubrimiento de la época micénica y su aparentemente inexplicable e improvisado fin, vino a añadir nuevos defensores de la tradición.

Es indudable que el mundo griego, a partir de los comienzos del siglo XII a.C. experimenta un cambio profundo: las majestuosas tumbas micénicas son abandonadas, los castillos de los príncipes caen en ruinas y la arquitectura entra en regresión o casi en abandono al igual que la pintura o la escultura, con cambios en los estilos artísticos y con la desaparición de la escritura.

Estos cambios bruscos parecían la mejor confirmación a la tradición de la invasión doria y de hecho, como ya hemos dicho, aún se sigue pensando así por parte de ciertos estudiosos de reconocido prestigio.

La tesis opuesta a esta invasión tiene su origen en las teorías del estudioso alemán K.I. Beloch, que piensa, con fundados argumentos, que los cambios que se producen a comienzos del siglo XII a.C. habría que explicarlos por causas internas, no por invasiones. Ésta es la segunda tendencia, con más o menos variaciones, que sigue otra parte de la crítica actual.

En todo caso, la fundación de la ciudad de Esparta no parece ser anterior, por los datos arqueológicos de que disponemos, al siglo IX a.C. Se supone que para esta fecha ya



dominaría la llanura formada por el alto valle del Eurotas, aunque las luchas que marcan la consolidación del estado espartano se presenten muy oscuras.

La expansión lacedemonia

A partir del siglo VIII a. C., Esparta acometerá una política de expansión en el Peloponeso que va a desembocar, al cabo de algo más de siglo y medio de luchas, en la hegemonía lacedemonia en la península.

Los capítulos principales de esta expansión quizá debamos verlos en lo que la tradición historiográfica antigua llamó las guerras de Mesenia. Éstas se nos han conservado bastante tabuladas en Pausanias que, alejado temporalmente de los hechos, utilizó como fuente dos epopeyas alejandrinas escritas por Mirón y por Rhianus.

La primera de estas guerras se presenta como una invasión de los espartanos en las ricas tierras de Mesenia con el fin de anexionarlas a Laconia. En ella, según Pausanias, el héroe mesenio es Aristodemos, quien, a pesar de su resistencia en el monte Itome, sucumbe a las armas espartanas. La anexión de Mesenia trae aparejada la conversión de sus habitantes en ilotas o siervos, sin ningún tipo de derechos y bastante oprimidos.

Los beneficios de esta anexión parece que fueron acaparados por la nobleza espartana. Ello habría dado lugar a algunas disensiones internas en la misma Esparta si nos atenemos a lo que la tradición establece cuando nos describe los motivos que impulsaron la fundación colonial de Taras o Tarento en la península italiana.

Hacia la segunda mitad del siglo VII a. C., según la cronología más aceptada, tiene lugar la llamada Segunda Guerra de Mesenia, ateniéndonos también en este caso a la terminología de Pausanias.

La causa de la misma se cree fue una revuelta de los mesenios contra el yugo lacedemonio. Parece que costó bastante sofocar esa revuelta. El éxito espartano se achaca, según la tradición historiográfica antigua, a la traición del rey de Orcomenos, uno de los aliados de los mesenios.

Esta Segunda Guerra de Mesenia marca uno de los hitos fundamentales de la historia de Esparta, e inaugura una nueva época. Su fin significa el comienzo de una serie de reformas tanto políticas como económicas e ideológicas que configurarán el estado espartano en sus aspectos más característicos.

A esta segunda guerra está asociado el nombre de Tirteo. Sin entrar en detalles de su origen, que Atenas parece atribuirse, este poeta, de cuya obra se han conservado algunos fragmentos, representa el primer espécimen de poesía patriótica.

Sus llamadas al valor, a la abnegación de los soldados, a la defensa de su tierra, tienen gran interés para el conocimiento histórico de la época. Por una parte, muestra que el ejército espartano estaba en un estado de conmoción y desorden como no volveremos a encontrarlo más tarde en época clásica. Pero también hallamos una concepción nueva, la del soldado-ciudadano luchando hombro con hombro con sus compañeros para defender el suelo patrio.

Esto implica un cambio profundo puesto que la transformación de la táctica militar trajo consigo que los esfuerzos individuales pasaran a tener menos valor que la fuerza disciplinada de combatientes solidarios.

Como Aristóteles ya entrevió, esta nueva táctica había arrastrado cambios políticos entre los que quizás el más importante era el acceso de un mayor número de personas al gobierno del estado. En todo caso, la poesía de Tirteo predica una estrecha moral y un sacrificio total del ciudadano a su ciudad.

Liga del Peloponeso

Pero si ello era propio de un estado de guerra, no es menos cierto que en la vida cotidiana también quedó este ideal que un sistema de leyes, tradiciones y usos consagró, y que tuvo por fin el sometimiento del individuo a la comunidad y la preeminencia de las virtudes guerreras por encima de todo. Esto no es más que lo que se ha dado en llamar la constitución de Licurgo.

Pero las guerras de Mesenia no significaron en absoluto el fin de la política de expansión de Esparta en el Peloponeso. Sus objetivos inmediatos se centraron en la Arcadia y la Argólida así como en la Elide, es decir, el resto de la península peloponesia.

Sin embargo, la política de anexión dará paso a partir de este momento a la de alianzas, no sin recurrir a la fuerza en caso de oposición a las mismas. En realidad, eran tratados firmados con dichas ciudades, pero siempre Esparta en régimen de preponderancia.



Cabeza de mujer (terracota del siglo VII a. C. hallada en la Acrópolis de Esparta (izquierda). Cabeza masculina (relieve en marfil, siglo VII a. C., procedente del templo de Artemis Ortia, Esparta) (derecha)

A mediados del siglo VI a. C. y mediante este sistema de anexiones y alianzas, Esparta creaba lo que los modernos han llamado la Liga del Peloponeso. Esta Liga se basaba en una serie de tratados de cada una de las ciudades con Esparta, unidas a su vez en un pacto federal entre sí.

En principio estaba garantizada la plena autonomía de las ciudades confederadas, que no pagaban tributo ni recibían guarniciones espartanas. Después del siglo V a. C. estas condiciones se endurecerían.

Su principal órgano decisorio, ya que no existían magistrados federales, era la asamblea federal, en la que cada ciudad tenía un voto. Esparta tenía prácticamente asegurada la mayoría, dado que las pequeñas ciudades, por temor, siempre votaban sus resoluciones.

Fue este largo período de expansión y, sobre todo el posterior a la llamada Segunda Guerra de Mesenia, el que forjó de forma casi estable ya a fines del siglo VI a. C. el sistema político espartano. Sistema político que condicionó los avatares bélicos del siglo V a. C. y de los que Esparta no pudo beneficiarse en toda su medida por la fuerza misma de sus instituciones.

Las guerras médicas

Buena prueba de ese prudente egoísmo espartano fue el caso omiso que hicieron al tratado de alianza que habían firmado con Creso, rey de Lidia (550 a. C.) cuando los persas destruyeron este reinado. Lo mismo ocurrió cuando el rey persa Ciro aplastó la revuelta de las ciudades griegas de la Jonia, limitándose a observar la situación y a proferir vagas amenazas contra los persas.

Bien es verdad que Esparta se había erigido en Grecia como la mayor combatiente contra las tiranías y buena prueba de ello fue la ayuda prestada a Atenas para derro-

car al tirano Hippias. Sin embargo, los errores de Cleómenes, rey espartano autor de la gesta, pusieron en peligro la misma liga por sus intenciones contra los progresos de la nueva democracia ateniense.

Indudablemente Esparta combatía las tiranías no para favorecer democracias, sino un sistema político afín al suyo: la oligarquía.

En la primera expedición persa contra Grecia fueron los atenienses los que tuvieron que librar en solitario la victoriosa batalla de Maratón (490 a. C.) ante el retraso en la llegada al teatro de operaciones de las tropas espartanas. Retraso que Esparta justificó por motivos religiosos y rituales.

Cuando los griegos tienen conocimiento de la segunda campaña persa, de unos efectivos muy considerables, se disponen a establecer una estrategia con el fin de contrarrestarla. A pesar de que el mando tanto por tierra como por mar queda en manos de Esparta, en teoría la mayor potencia militar griega del momento, surgen serias disensiones entre los aliados helenos.

Los espartanos consideraban que había que hacer frente a los persas en el istmo de Corinto. Quedaba patente que no querían alejar el grueso de su ejército fuera del Peloponeso ante el temor, constante entre los espartanos, de revueltas de ilotas.

Sin embargo, y ante la presencia inminente de los persas, cedió a la voluntad de los aliados en cuanto a defender la Grecia central. Aun a sabiendas de que era empresa perdida, Leónidas se dispuso a defender el paso de las Termópilas.

Pero de nuevo, y aduciendo razones religiosas, el número de espartanos en esta empresa fue muy reducido: sólo trescientos. El resto estaba compuesto por aliados.

El valor y la disciplina militar espartana quedaron claramente de manifiesto, pero fueron insuficientes para detener el gran ejército persa. Leónidas y sus trescientos espartanos sucumbieron en la empresa.

Siguiendo la estrategia del ateniense Temístocles, el Ática fue abandonada; la batalla se planteó por mar con aplastante victoria griega en Salamina. Mientras, los peloponesios defendían el istmo.



Escultura espartana del siglo V a. C. hallada cerca de la Acrópolis y que se supone uno de Leónidas

Al año siguiente, tras invadir los persas el Ática, los espartanos retrasaron de nuevo su ayuda ante las insistentes peticiones de los atenienses. Sólo cuando atisbaron intentos de firmar la paz con los persas pusieron en marcha su ejército que, unido al ateniense, derrotó a los invasores en Platea (479 a. C.) poniéndose de relieve el valor militar espartano.

La posterior batalla naval de Micala y el castigo infringido a la ciudad de Tebas por su alianza con los persas concluyeron la guerra con victoria griega.

Los años que siguen a Platea están marcados en Esparta por la figura de Pausanias y por las revueltas de los aliados pertenecientes a la Liga del Peloponeso. Y todo ello en ese espacio de tiempo, que Tucídides llama la Pentecontecia, en el que Atenas aprovecha de forma exhaustiva el éxito conseguido en las guerras médicas.

La creación de la liga ático-délica le da predominio en toda Grecia y le lleva, según Tucídides, a una inevitable guerra contra Esparta.

El estado lacedemonio no supo aprovechar su participación en las guerras médicas. De nuevo la situación de su política interior determinaba su política exterior. Los temores a revueltas y su muy particular estructura económica,

campesina y pastoril, dieron vía libre a Atenas para obtener todo tipo de beneficios.

En cuanto a Pausanias, con una personalidad un tanto extraña, trató de hacer su política particular creando recelos tanto en Atenas como en Esparta. Su mayor error, que pagó con la muerte, fue activar una revuelta de ilotas, lo que en Esparta suponía ir en contra de los cimientos mismos del estado.

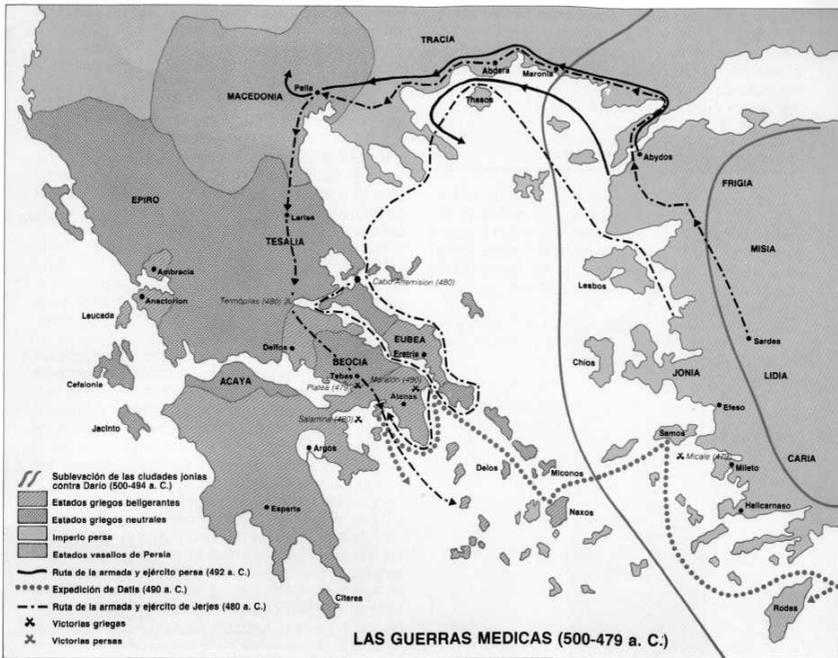
No menos problemas les creó la política filodemocrática de Temístocles, el estratega ateniense, en el Peloponeso y que marca, junto con la reconstrucción de las murallas de Atenas (Muros Largos), el comienzo de los roces entre los dos estados. Ni siquiera la ayuda prestada por Atenas a Esparta en la revuelta de los ilotas de 464 a.C. pudo ir subsanando esas diferencias.

Las guerras del Peloponeso

Mucho se ha escrito sobre las causas que desencadenaron las guerras del Peloponeso. Como punto de arranque para los investigadores actuales está la obra de Tucídides, historiador contemporáneo de los hechos, que cifra los orígenes en el imperialismo ateniense y su potencia naval tras las guerras médicas. Para él, era inevitable el choque entre las dos potencias griegas.

Aunque el planteamiento de Tucídides ha sido y es aún objeto de discusión entre distintos estudiosos, no podemos ignorar la carga ideológica que acompañó a estas guerras.

Atenas trataba de imponer la democracia en los estados de su liga. A ello se oponían los oligarcas todavía en el poder en algunos estados, mirando esperanzados a Esparta, *leader* de la oligarquía. Habría también que añadir las presiones financieras que Atenas ejercía sobre sus aliados, a diferencia de Esparta.



Los roces directos comenzaron cuando Atenas firmó una serie de tratados que amenazaban los intereses de Corinto, aliado peloponesio, en el golfo del mismo nombre. Esparta no intervino hasta el 457 a.C. con el fin de establecer su dominio sobre la Beocia, zona en conflicto.

Aunque el éxito acompañó a los espartanos, éste fue efímero puesto que Atenas recuperó prontamente el dominio de esta zona y comenzó a inquietar a los lacedemonios en las costas de su país. Diversos choques en la Grecia central llevaron a las dos potencias a firmar la paz de los treinta años (446 a.C.) no sin antes haberse presentado los espartanos ante las puertas mismas de Atenas.

De nuevo los intereses de Corinto fueron la causa de la reanudación de las hostilidades. Será Arquídamo el que ostente el mando militar peloponesio. En repetidas ocasiones se presentará ante los muros mismos de Atenas devastando sus campos mientras los atenienses se dedicarán a una guerra de piratería en las costas del Peloponeso consi-